

Los castros. ¿Una solución para la despoblación rural?

—Bueno, tan sencillo no es, pero casi... Primeramente necesitas un terreno con toma de agua y evacuación. Lo importante es poder expansionarte. No podrías vivir cómodamente en un lugar de veintiocho metros cuadrados; es imprescindible un espacio exterior. Una gran ventaja es que al ser desmontable se considera “un bien mueble” y por lo tanto no necesitas los permisos ni las licencias como en una construcción normal. Legalmente es como si fuera la autocaravana de Julio o una tienda de campaña que llevas a la espalda. Además, como el amigo Bernardo tiene patentado este asunto, “el kit”, como tu dices, ya lleva incorporado el proyecto que es igual para todos y está debidamente tramitado y autorizado por el colegio profesional correspondiente.

—Ese amigo tuyo es un genio; lo que no entiendo es cómo no lo estáis explotando “a tope”. Teniendo un precio asequible, yo creo que si esto lo conociera más gente podría ser una solución muy interesante para algunos, por ejemplo para nosotros...—dijo Adal soltando una carcajada.

A Radiante se le iluminó el rostro con una sonrisa de oreja a oreja, detalle que no pasó inadvertido para Jorge que, en ese momento, se detuvo para continuar hablando.

—Pues según me ha contado, lo intentó explotar comercialmente, incluso lo expuso en alguna feria ofreciéndolo como un recurso inmediato para cuando ocurre una catástrofe natural, como por ejemplo un terremoto, pero parece ser que no cuajó la cosa, y como se jubiló, dejó el proyecto abandonado. La verdad es que el “iglú” visto exteriormente da una sensación de frialdad que en cierta medida repele la idea de concebirlo como vivienda, aunque por dentro sea acogedor cuando lo tienes acondicionado. La casualidad hizo que mi buen amigo Carlos Carrera, de un pueblo muy cercano a este, Sueros de Cepeda, me hablase de las posibilidades del “iglú” revistiéndole exteriormente para cambiarle el aspecto. Me presentó entonces a Bernardo, quien me enseñó el que tiene montado en su chalet de la sierra de Madrid, y me facilitó unas fotografías que retoqué digitalmente como una palloza para ver el resultado. Me convenció y el resto ya lo conocéis. Ahora el paso siguiente es comprobar si a otra gente como vosotros también os convence este proyecto. Y digo como vosotros refiriéndome a personas con una forma de vida diferente a la de por aquí.

—¿Y eso?

—Porque aquí, en los pueblos, hay una percepción distinta a la que se tiene en la ciudad. Mientras que la gente sale de estampida de las urbes los fines de semana para dejar atrás el tráfico, la polución, las prisas, los ruidos, el no poder aparcar..., y que no le importa pasar el fin de semana aunque sea en una tienda de campaña..., en los pueblos pasa un poco al revés, es decir, apetece lo

contrario porque es de lo que se carece. Entonces, a una familia de la zona no la metas en una palloza de estas porque prefiere vivir en un piso alquilado; y por eso aquí el proyecto no ha cuajado. Quiero ahora constatar que lo que le ha pasado a un “urbanita” como a mí, o como a Pepe, o como a Julio, es decir, lo que nos ha pasado a nosotros —condicionados por unas circunstancias especiales—, también le puede pasar a otros “urbanitas” como vosotros; jóvenes y en circunstancias “normales”. Si lo que a nosotros nos ha sucedido, ser capaces de vivir aquí sin añorar excesivamente la forma de vida en la ciudad; es más, teniendo una calidad de vida que solamente la conoces cuando vives en un lugar como este; si esto os puede pasar también a vosotros, esta historia del castro puede tener futuro como una alternativa a ese *modus vivendi* hipotecado durante décadas por ochenta metros cuadrados...

—Pues depende del precio de la palloza; yo creo que es lo más importante —contestó rápidamente Radiante sin dejar terminar la frase a Jorge.

—Hay otras cosas tan importantes como el precio. Aunque económicamente pudierais comprarla: ¿de qué os valdría si el vivir en un pequeño pueblo, con las carencias que esto supone, os hiciera sentir agobiados y aburridos? Y más aún: ¿de qué y dónde trabajaríais para poder manteneros?

—¡Joder Jorge!, qué oscuro nos lo pintas con lo que me estaba ilusionando...

—Claro Radiante, hay que ser realistas...—contestó Jorge.

—Pues vamos a ser realistas —intervino Adal—. Creo que lo imprescindible es tener un coche para poder movernos. Estamos cerca de Astorga y León, dos ciudades para cuando nos entre el mono del mundanal ruido; e incluso Madrid está a trescientos y pico kilómetros, que tampoco es tanto para poder ir de vez en cuando. En cuanto al trabajo, tú mismo eres un ejemplo: ¿no podríamos hacer lo mismo para ganarnos la vida?. Todo esto merecería la pena siempre y cuando el precio de la palloza fuera asequible para nosotros. Porque lo que está muy claro es que ni en Madrid ni en Móstoles, hoy por hoy, podemos tener una vivienda en propiedad para vivir.

—Bien, eso es realmente lo que deseaba escuchar. Pero todavía no es la cosa tan fácil, aunque lo más importante es tener esa predisposición. ¿El precio?, seguro que el alquiler de un apartamento en una ciudad dormitorio sería aún más caro que lo que tuvierais que pagar mensualmente por la palloza, y al cabo de muy pocos años sería vuestra con la parcela de terreno correspondiente.

—¿Pero, cuanto sería? —preguntaba Radiante impaciente.

—No os lo voy a decir, porque no os la voy a vender.

—¿Y esooooo?, ¡por qué? —preguntaron al unísono ambos jóvenes.

—Porque si todo esto os gusta, el entorno y la forma de vida, no os voy a cobrar nada.

Adal y Radiante se quedaron perplejos, no daban crédito a lo que estaban escuchando.

—Tampoco os la voy a regalar, no creáis.

No solo los jóvenes, también Julio y Pepe seguían atónitos la conversación de Jorge, sin ser capaces de articular palabra alguna.

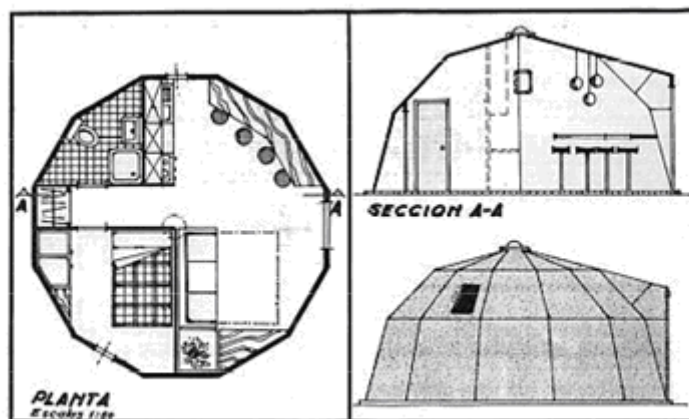
—Mirad, si hubiera querido, estas pallozas las podría tener alquiladas prácticamente todos los fines de semana del año. Es cuestión de arreglar unos trámites administrativos y podría vivir holgadamente sin preocuparme de nada más. Pero ese no es mi objetivo. Para mí, es penoso ver estos pueblos, como tantos otros de toda España, con toda su carga de historia, con todo su bagaje cultural, cómo se están despoblando y desapareciendo. Y todo porque una sociedad industrializada no ha sabido o no ha podido, equilibrarse armoniosamente con la sociedad rural. Las personas, legítimamente, van en busca del sueldo fijo, los horarios y las vacaciones, es decir lo contrario de lo que ofrece la agricultura, la ganadería y, en definitiva, el medio rural. Pero ahora, amigos míos, ha llegado una oportunidad de oro con una herramienta llamada internet que hace posible salvar las distancias desde ese escaparate abierto al mundo que es el navegador en la pantalla del ordenador.

Jorge calló un momento para tomar respiro, pero nadie hablaba. Al cabo de unos segundos continuó.

—Si os veis ubicados en este lugar, si os sentís a gusto viviendo aquí, si creyerais que este puede llegar a ser vuestro hogar por unos años, os cedo la propiedad de una palloza y la parte correspondiente al terreno que haya a su alrededor. Es decir, que tengáis vuestro huerto, vuestra praderita, vuestra barbacoa... total unos ciento cincuenta metros cuadrados. A cambio me tendréis que hacer un trabajo en internet.

Todos continuaban callados hasta que Adal balbuceó unas palabras tragando saliva mientras las pronunciaba:

Y...



Vivienda completa: dormitorio, salón-comedor, baño completo y cocina americana



Iglú como palloza con techo de paja. Fases de construcción.- Iglú como tienda medieval.